

9972.
SOFISMAS
ANTICATÓLICOS

VISTOS CON MICROSCOPIO,

POR

RICARDO CARRASQUILLA.

REIMPRESO POR

"El Eco Católico de Costa Rica."



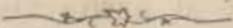
SAN JOSÉ.

IMPRENTA DE JOSÉ CANALLAS,

CALLE DE LA UNIVERSIDAD, 11.

1890.

ADVERTENCIA.



Presenta el autor en estas páginas una refutación sencilla y al alcance de toda clase de personas, de los principales errores anticatólicos que privan en nuestro país. Es conveniente decir dos palabras para explicar el método empleado y justificar el título de este opúsculo.

La mayor parte de los incrédulos emplea dos lógicas distintas; una para la religión, otra diversa para los demás asuntos. Y, ¡cosa rara! un sofisma que aplicado á cualquier ciencia haría soltar la risa, es recibido como moneda corriente cuando se trata de materias filosóficas ó religiosas. El mejor medio, pues, de refutar un error de la incredulidad, es reducirlo á unas pocas palabras; y luego presentar un sofisma semejante al anterior, pero relativo á otras materias, para hacer resaltar lo deforme de la opinión que se combate.

Véase un ejemplo. El conocido sofisma estudiantil: «Todo lo moral es útil, luego todo lo útil es moral,» no engaña á quien haya estudiado

algo de lógica; pero puede parecer concluyente á alguno menos instruido. Tómese otra proposición semejante á la anterior; verbi gracia: «Todos los perros son vivientes;» y conviértase simplemente diciendo: «Todos los vivientes son perros;» y queda así el error visible para todo el mundo.

Se ha llamado este trabajo «sofismas vistos con microscopio,» porque así como este instrumento hace resaltar la deformidad de ciertos insectos imperceptibles á la simple vista, así el método que el autor de este trabajo ha empleado, sirve para mostrar lo absurdo de ciertas doctrinas al parecer muy hermosas.

El lector, conocido el sistema, puede luego fácilmente aplicarlo á los demás errores no refutados en este opúsculo, que puedan presentarse.



SOFISMAS ANTICATÓLICOS.



I.

A medida que se perfecciona el anteojo se perfecciona la visión, luego el anteojo ve.

A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo se ejercen mejor las facultades del alma; luego la materia piensa, quiere, siente.

II.

El carbonero no se puede explicar las manifestaciones de la ciencia de Humboldt; luego Humbolt no es sabio.

El incrédulo no se puede explicar las manifestaciones de la justicia de Dios; luego Dios no es justo.

III.

Es evidente que el hombre no nació para vivir en el mar; luego no debe haber marineros.

Es evidente que el hombre no nació para vivir sepultado en las entrañas de la tierra; luego no debe haber mineros.

Es evidente que el hombre no nació para el celibato, para el aislamiento; luego no debe haber clérigos ni frailes.

IV.

En un reloj maravilloso hay algunas ruedas desarregladas; luego el reloj se hizo sin relojero.

En el universo hay algunos desórdenes; luego el universo se hizo sin Dios. (*)

V.

Yo no comprendo la esencia de la electricidad y de la luz; luego la electricidad y la luz no existen.

Yo no comprendo la esencia de los misterios católicos; luego no existen.

VI.

Los ojos son el medio que Dios nos ha dado para ver; luego el telescopio es inútil, perjudicial.

(*) El desorden moral y físico lo explica el Catolicismo satisfactoriamente por medio del pecado original,

La razón es el medio que Dios nos dió para conocer la verdad; luego la fe es inútil, perjudicial.

VII.

El testimonio humano es falible; yo sé la existencia de César por el testimonio humano; luego debo dudar de ella.

El testimonio humano es falible; yo sé la existencia de Cristo por el testimonio humano, luego debo dudar de ella.

VIII.

Se ha abusado del pan, del fuego, del agua, de la libertad, de la filosofía; luego todas estas cosas son malas.

Se ha abusado de la religión, luego la religión es mala.

IX.

Todos los perros son vivientes, luego todos los vivientes son perros.

Todo lo moral es útil, luego todo lo útil es moral.

X.

A mi me gusta la leche, pero no la leche blanca.

A mi me gusta la obediencia, pero no la obediencia pasiva.

XI.

Estos carneros son muy buenos, pero el rebaño que forman es malísimo.

Los jesuitas personalmente son muy buenos; pero la Compañía de Jesús es malísima.

XII.

Este reloj debe destruirse porque anda muy bien, y este otro porque no anda.

Los jesuitas deben suprimirse porque obedecen puntualmente, y los frailes de San X^{***} porque no obedecen.

XIII.

Sin embargo de que la mayor parte de las aves vuelan, las que vuelan no pueden ser aves.

Sin embargo de que la mayor parte de las Repúblicas son católicas, *el que es católico no puede ser republicano.*

XIV.

Yo no creo en la astronomía, pero sí en la astrología judiciaria.

Yo no creo en el catolicismo, pero sí en el espiritismo.

XV.

Algunos dicen que un río debe pasarse en barca, y otros que á nado. Cuando llega el momento de pasarlo, los que dicen que debe pasarse en barca lo pasan en barca; y los que dicen que debe pasarse á nado lo pasan en barca. ¿Quién tendrá razón?

Los católicos dicen que su religión es verdadera; los espíritus fuertes que es falsa. En el momento de la muerte los católicos piden sacramentos y hacen profesión de su fe; los espíritus fuertes piden sacramentos y abjurán de su filosofía. ¿Quién tendrá razón?

XVI.

Juan Lanús dice que es hombre, pero niega que es varón. No puede ver el pan, pero se parece por las tortas.

Los espíritus fuertes encuentran muy natural, muy puesto en razón el respeto á los retratos de los hombres ilustres; pero les parece absurdo el culto de las imágenes.

Les gusta que se enseñe la moral por medio de la tribuna, pero llevan muy á mal que se predique el Evangelio.

Dicen que en nuestro siglo todo se hace, y debe hacerse, por medio de asociaciones; pero no quieren asociaciones religiosas.

Dicen que son católicos, apostólicos, pero no romanos.

Escriben contra el libre albedrio, y sancionan la libertad del pensamiento.

Creen que toda sociedad debe tener el derecho de expulsar á sus miembros cuando no llenan sus deberes; pero les parece inconcebible la excomunión.

Niegan que Dios interviene en las cosas de la tierra, é invocan á la Providencia en sus proclamas.

No quieren que se le rece á Dios, y escriben cantos al Sér Supremo.

No creen en la Eucaristía, y van á oír misa.

XVII.

Pedro entabla con Juan el siguiente diálogo:
Pedro—Esto que tengo en la mano es una manzana.

Juan—¿Cuál manzana?

Pedro—La manzana que coji ayer.

Juan—¿Para qué sirve?

Pedro—Para comer.

Juan—¿Para comer?

Pedro—Sí, si para comer.

Juan dice que las palabras de Pedro deben interpretarse así: «Lo que tengo en la mano no es manzana, y no sirve para comer.»

Jesús tomó el pan y el vino y les dió á sus discípulos diciendo: «Tomad y comed: *éste es mi cuerpo*, que será entregado por vosotros—Tomad y bebed: *ésta es mi sangre*, que será derramada por vosotros.» En otra ocasión había dicho: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come este pan vivirá eternamente; este pan que yo doy es mi carne. . . .»

Los judíos dijeron: «¿Cómo puede este hombre darnos á comer su carne?»—Jesús respondió: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros; porque mi carne es *verdadera comida* y mi sangre *verdadera bebida*.»

Los protestantes dicen que las palabras de Cristo deben interpretarse así: «*Este no es mi cuerpo; ésta no es mi sangre; mi cuerpo no es verdadera comida; mi sangre no es verdadera bebida.*»

XVIII.

Un hombre mató un perro, luego todos los hombres mataron á todos los perros.

Un Papa persiguió al sabio Galileo; luego todos los Papas persiguieron á todos los sabios. (*)

XIX.

Don Cándido dice que el arsénico es el me-

(*) «Galileo fué el primero que llevó la cuestión á aquel terreno (el religioso), manifestando en qué sentido debía entenderse la Biblia, y fundando en pasajes de los Santos Padres los teoremas que requerían una demostración basada en el cálculo y en la experiencia. . . .

«Del proceso aparece que la Iglesia prohibió sostener la inmovilidad del sol como tesis, pero no como hipótesis, en atención á que si la demostración hubiera sido evidente, se hubiera convenido en explicar con arreglo á ésta los pasajes de la Escritura, al paso que no había necesidad mientras no pasara de ser una mera opinión. . . .

«Galileo fué citado, pero no preso ni castigado corporalmente, sino sólo detenido en la habitación misma del Fiscal, en donde tuvo un criado propio, proveyéndole de alimentos los de Nicolini, Embajador de Florencia. . . .

«Galileo fué condenado á prisión por el tiempo que se quisiese; pero Urbano se la conmutó por relegación en el jardín Médicis de la Trinidad de los Montes. . . .

«En breve fué trasladado á Siena al palacio del Arzobispo muy amigo suyo, y apenas cesó la peste en Florencia, volvió á su casa de campo de Arcetri, inmortalizada con tantos trabajos, que sólo fueron interrumpidos cuando perdió la vista.» (Cantú, *Historia Universal*, tom. V, Cap. XXXVI.)

por alimento, y el pan un veneno funestísimo; pero cree que al pueblo, á las mujeres, á los niños, es preciso darles pan; y alimenta con pan á su propio hijo.

Crispulo dice que la filosofía racionalista es la única verdadera, y que el Catolicismo es retrógrado, fanático, absurdo; pero cree que al pueblo, á las mujeres, á los niños, es preciso enseñarles la religión católica; y le enseña el catolicismo á su propio hijo.

XX.

Los gatos dicen: «No es justo que los pobres ratones habiten en cuevas oscuras y estrechas, privados de la luz del sol; mejor sería que vinieran á vivir, como nosotros, en medio de una familia cristiana, que satisface todas nuestras necesidades.» ¿Quién puede dudar de la buena fe con que los gatos se interesan por los ratones?

Los enemigos del Catolicismo, los que han perseguido al clero, los que le han robado sus bienes, dicen: «Para que el clero se moralice, para que ocupe la alta posición que le corresponde en la sociedad, es necesario abolir el celibato eclesiástico.»

¿Quién puede dudar de la buena fe con que los incrédulos se interesan por la prosperidad del clero?

XXI.

Vespasiano tiene en su estudio el retrato de Ninón; y en un primoroso relicario una flor cogida en la tumba de Eloísa y Abelardo.

El mismo Vespasiano se admira de que yo tenga en mi cuarto el retrato de san Vicente de Paúl y un relicario que contiene el lignum crucis.

XXII.

A Blas le parece sublime la rehabilitación de las Traviatas por medio del amor humano.

El mismo Blas califica de ridícula la rehabilitación de las Magdalenas por medio del amor divino.

XXIII.

Los filántropos han inventado las penitenciarías para corregir y rehabilitar á los culpables por medio del aislamiento.

Los filántropos se indignan de que el hombre culpable se aisle voluntariamente en los conventos para corregirse y rehabilitarse.

XXIV.

A esfuerzos de don Justo se sancionó la ley que autoriza las casas de juego.

A esfuerzos de don Justo se sancionó la ley que prohíbe los conventos de monjas.

XXV.

Juan Jacobo Rousseau se muestra en sus escritos tan filántropo como san Vicente de Paúl; pero entre estos dos personajes hay una pequeña diferencia: Rousseau botó sus hijos al hospicio; san Vicente fundó hospicios para recoger niños expósitos.

XXVI.

La caridad cristiana y la filantropía serían iguales si no fuera porque la primera funda el amor de los hombres en el de Dios, y la segunda prescinde de éste; porque la caridad funda hospicios, hospitales etc., y la filantropía los suprime para apropiarse sus rentas.

XXVII.

Los *comunistas* católicos reparten sus propios bienes entre los pobres; los *comunistas* filósofos quieren repartirse los ajenos.

XXVIII.

Cuando un patán duda de la existencia de su cuerpo, ó de la distinción del bien y el mal, ó cuando afirma que hay efecto sin causa, se dice que está demente, que no tiene sentido común.

Cuando estas mismas cosas las escribe en un libro un espíritu fuerte, se le llama filósofo.

XXIX.

Juan Lanas opina que los muebles no son obra de los carpinteros sino de la carpintería.

Los ateos dicen que las obras naturales no son hechas por Dios sino por la naturaleza.

XXX.

Los protestantes creen que todas las madres de los hombres ilustres ó virtuosos deben mirarse con veneración, y que sus retratos deben conservarse con respeto. De esta regla exceptúan á una sola madre: ¡A LA MADRE DEL HOMBRE-DIOS!

XXXI.

Si queréis que un protestante os quede eternamente agradecido, regaladle un botón hallado en el campo de Waterloo, una firma de Bolívar,

una hilacha del vestido de Washington; pero no vayáis á ofrecerle una astilla de la cruz en que expiró Cristo, porque se creerá mortalmente ofendido.

XXXII.

Juan Lanas conserva respetuosamente las cartas de su difunto padre; pero cree que lo ofende si hace lo mismo con sus retratos, y por eso los quema.

Los protestantes veneran la Biblia, y queman las imágenes.

XXXIII.

Las madres que les prohíben á sus hijos los venenos, desconfían de la ciencia; todo veneno tiene su contraveneno.

La Iglesia, que prohíbe los malos libros, desconfía de la Religión: un libro malo se contesta con uno bueno.

XXXIV.

Pedro y Juan entablan el diálogo siguiente:

Pedro.—Prohibir los libros es una barbaridad increíble; si yo fuera Papa aboliría ese absurdo.

Juan.—Permitame usted que yo le dé á su hija este libro obsceno.

Pedro.—¡Cómo se atreve usted á hacerme semejante propuesta!

Juan.—¿Es decir que usted también prohíbe libros?

Pedro.—Como padre de una niña inocente, no puedo permitir que lea ese libro.

Juan.—¿Y quiere usted que el Papa, que es padre de todos los niños inocentes, de todas las personas ignorantes, lo permita?

XXXV.

El que rompe una buena espada para hacer un mal asador, es un zopenco.

¿Cómo debería llamarse el que desbarata un buen templo para hacer un mal salón?

XXXVI.

No hay hombre tan fatuo que se imagine saber la astronomía ó el griego cuando no los ha estudiado.

Son muchos los que pretenden saber el catolicismo sin haberlo estudiado; y si les presentáis la más ardua de las cuestiones teológicas, la deciden al punto magistralmente.

XXXVII.

Si alguno hablara del triángulo de cuatro lados, todo el mundo creería que se chanceaba ó que estaba loco.

Mr. Renan (miembro de la Academia francesa) habla muy seriamente de *los bellos errores de Jesús*.

XXXVIII.

Un babieca leyó en la historia de Colombia el pasaje de Ricaurte en San Mateo; y después de reflexionar largo tiempo, exclamó: «Parece que en San Mateo ocurrió algo que fué tenido por explosión.»

Mr. Renán (célebre orientalista) leyó en el Evangelio el pasaje de la resurrección de Lázaro, y dice en su libro *La vida de Jesús*: «Discurrimos que en Bethania ocurrió algo que fué tenido por resurrección.» (Pág. 360.)

XXXIX.

—Te prohibí, hijo mío, que tocaras mi mesa de escribir, y con el cortaplumas has hecho pedazos la tabla.

—Sí, papá, pero la tabla no es la mesa.

—Y también le has roto una pata.

—Cierto, pero la pata no es la mesa.

—Usted, señor don Cándido, no es católico porque no cree en la Eucaristía.

—Pero la Eucaristía no es el catolicismo.

—Tampoco cree usted en la autoridad del Papa.

—Cierto, pero la autoridad del Papa no es el catolicismo.

XI.

—¿Qué dice usted, señor don Cándido, de un maestro de escuela que sólo enseña latín, en latín: que opina que el sol da vueltas al rededor de la tierra é ignora la existencia de América; que no ha adoptado las plumas de acero; y que azota sin piedad á sus discipulos?

—Digo que es un bárbaro.

—Pero tenga usted presente que vivió en una aldea en el siglo XIV.

—Entonces nada tengo que censurarle á ese pobre maestro: á los hombres no se les puede juzgar fuera de su época y de su país.

—Usted, señor don Cándido, que se precia de espíritu fuerte, no debe olvidar esa regla cuando quiera juzgar los hechos de la Historia eclesiástica en los siglos pasados.

XLI.

Dicen que el señor de H . . . es un profundo matemático, y eso no es cierto, porque ha compuesto unos malos versos.

Dicen que el Papa es infalible cuando decide en materia de dogma ó de moral, y eso no es cierto, porque se ha equivocado en otras materias.

XLII.

Los que no creen el credo al derecho tienen que creerlo al revés; por huir de los misterios caen en absurdos; así es que si, por ejemplo, no admiten un Dios Creador, tienen que admitir la Nada creadora; si no confiesan el pecado original, tienen que creer que Dios es el autor del mal.

XLIII.

Un catedrático de álgebra y un juez cambiaron sus destinos. El catedrático, cuando le presentaban testigos para comprobar algún delito, decía: «Yo no admito esa prueba, demostradme el hecho por medio de una ecuación.» El juez por su parte, cuando sus alumnos trataban de despejar una incógnita, les decía: «Todo eso no vale nada: buscad más bien tres testigos contestes.»

Los que le exigen á la Religión un género de pruebas que no le pertenece, proceden tan lógicamente como el algebrista y el juez.

XLIV.

«El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.»

El que escribió esta copla era un despreocupado en materia de astronomía; y por cierto que para hacerla no necesitó mucha ciencia ni gran talento. Para responderla sería preciso manifestar la exactitud de los cálculos astronómicos, lo cual supone diez años de estudio y escribir un grueso volumen.

Un despreocupado en materia de religión escribe: *San Pedro no estuvo en Roma*; lo cual no requiere mucha ciencia ni gran talento. Para responder á estas seis palabras se necesita hacer serios estudios y escribir un volumen; y esto consiste en que hacer objeciones contra una ciencia es la cosa más fácil del mundo, y responderlas muy difícil.

XLV.

El señor de Rocafuerte, famoso volteriano, cuando encuentra tres velas encendidas dice: «Hay quien opine que esto es de mal agüero; y aunque yo estoy muy lejos de creerlo, apague-mos una, que nada se pierde.»

Cuando hay trece sentados á la mesa, el mismo señor se levanta y dice: «Aunque yo no creo en agüeros, mejor es aguardarme á la segunda mesa; nada se pierde.»

El género humano dice que hay infierno;

¿no fuera bueno que el señor de Rocafuerte procurara evitar caer en él? Nada se pierde.

XLVI.

Los alquimistas antiguos buscaban la piedra filosofal para hacer oro.

Los químicos modernos buscan el fluido con que se hacen dioses, almas, conciencias etc.; y conozco á un modesto joven, que empezó sus estudios químicos hace quince días, que ya ha descubierto que en caso de que Dios exista, no puede ser sino un fosfato de cal.

XLVII.

La dieta en los enfermos es contraria á la naturaleza: Dios hizo todos los manjares para que gozáramos de ellos.

La mortificación cristiana es contraria á la naturaleza: Dios hizo todos los placeres para que disfrutáramos de ellos.

XLVIII.

—¿Con que usted es partidario de la disolubilidad del matrimonio?

—¡Sin duda! Y si logro ir al Congreso, quedará establecida.

—Si la madre de usted fuera arrojada del hogar doméstico, y otra mujer fuera á ocupar su puesto, ¿qué haría usted?

—No sé lo que haría. Hay desgracias tan horribles que no puede uno ni imaginárselas.

—Lo que usted no quiere ni imaginarlo para su madre y para sí, no debe quererlo para ninguna madre ni para ningún hijo.

—Es que la cuestión en abstracto...

—Estas cuestiones no deben estudiarse en teoría, deben traerse siempre al terreno de la práctica.

XLIX.

—¿Es usted el profesor de aritmética moral?

—Servidor de usted.

—Quería hacerle á usted una consulta.

—Hágala usted sin empacho.

—Ayer blasfemé de Dios para que me alabaran algunos libertinos, lo cual me produjo un placer así... tal cual; pero hoy he sentido cierto escozor en la conciencia... Quisiera saber si mi acción es buena ó mala.

—¡Hombre de Dios! eso es más claro que la luz del sol. El minuendo es el placer, el sustraendo el escozor; haga usted la resta.

L.

—¿Cuántas dice usted que son dos y dos?

—Claro está: son cuatro.

—Yo digo que son seis.

—Es un disparate.

—¿Cómo se atreve usted á contradecirme siendo partidario de la *tolerancia absoluta*?

—La tolerancia no consiste en aceptar el error, sino en respetar al que lo profesa.

—Y si alguno tuviera el error de intentar seducir á una de las hijas de usted, ¿qué haría?

—Le rompería la crisma.

—¿Y el respeto á las personas?

—Ese respeto debe tenerse solamente cuando sus errores son inofensivos.

—Ya veo que la tolerancia de usted no es tan *absoluta* como yo creía.

LI.

—Yo me glorio de haber contribuido á conceder la libertad del pensamiento.

—Pues se gloria usted de una pamplina, porque la libertad del pensamiento no puede prohibirla nadie.

—La libertad del pensamiento quiere decir: libertad de la palabra.

—Entonces hicieron ustedes mal en cambiarle el nombre. Permitame usted que le haga esta pregunta: Si un insolente calumnia é insulta pública y cruelmente á la esposa de usted, ¿qué hará?

—Le daré un pistoletazo.

—¡Un pistoletazo por una acción tan inocente!

—Esa no es acción inocente: es una villanía, una infamia.

—Si la acción es tan culpable, mejor sería que la castigara un juez imparcial, y no usted, que es partidario de la abolición de la pena de muerte, imponiendo un castigo que considera excesivo aun para el incendiario, aun para el parricida.

LII.

Los comunistas que dicen: «La propiedad es un robo,» deberían haber añadido: «La humildad es una soberbia, la largueza una avaricia, la castidad una lujuria.»

LIII.

—Yo creo que cuando un reo está sinceramente arrepentido de su delito y procura repararlo haciendo buenas acciones, debe rebajársele una parte de la pena que se le ha impuesto.

—Me alegro mucho de que usted, á pesar de ser espíritu fuerte, esté de acuerdo con la Iglesia católica en el dogma de las indulgencias.

LIV.

—He escrito un largo tratado de filosofía en que demuestro que Dios es el bien, la verdad, la justicia: que él es el Gran Todo del que emanan todos los seres, y en el cual irán á refundirse un día.

—¡Mire usted qué casualidad! Lo mismo dice el Padre Astete, salvo lo de la emanación y refundición; dígalo usted: «Dios es infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas.»

LV.

Yo no soy católico porque me repugna la adoración de los santos y de sus imágenes; creo que solamente deberían mirarse estas últimas con respeto en calidad de retratos.

—Lo mismo opina el Padre Astete, cuando dice hablando de la Virgen: «*Preg.* ¿Y la que está en el altar quién es? —*Resp.* Es una *imagen y semejanza* de la que está en el cielo.—*Preg.* ¿Para que está allí?—*Resp.* Para que por ella nos *acordemos* de la que está en el cielo, *y por ser su imagen le hagamos reverencia.*»

Y el Catecismo de Therou, adoptado como texto en casi todos nuestros colegios, dice: «*Preg.* ¿Es lícito el culto que damos á los santos?—*Resp.* Sí, señor; la Iglesia lo tiene aprobado, y este culto no se confunde con la *adoración* absoluta que damos á Dios por su suprema excelencia, sino que con él *veneramos* á los santos tan sólo como á siervos fieles y amigos queridos de Dios; verificándose así que todo culto se refiere finalmente á Dios.—*Preg.* ¿Qué es lo que pedimos á los santos?—*Resp.* No les pedimos que nos concedan las *gracias*, sino que, uniendo sus ruegos á los nues-

tros, las pidan á Dios para nosotros, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.»

Ya ve usted, amigo mío, que no tiene razón para dejar de ser católico.

—Pero el culto de las imágenes da origen á abusos.

—Si todas las instituciones útiles debieran suprimirse porque se abusa de ellas, no quedaría ninguna en pie sobre la tierra.

Si usted quiere reformar los abusos, ayúdenos á enseñar la doctrina cristiana.

LVI.

—Yo creo que el catolicismo se empeña en matar la sensibilidad, y por consiguiente todo estímulo: para algo nos ha dado Dios los sentidos.

—Es muy hermoso para el Padre Astete haber adivinado el pensamiento de usted; abra usted el Catecismo y encontrará lo siguiente:

«*Preg.* ¿Y los sentidos de ver, oír, oler, gustar y palpar, para qué nos los dió?—*Resp.* Para que nos sirviéramos de ellos como de instrumentos de conservación y de trato entre los hombres; y para que, disfrutando por este medio de los bienes temporales, bendijésemos al Dios misericordioso que nos los concede.»

LVII.

—Yo no soy católico porque aborrezco á los fanáticos.

—¿Qué entiende usted por fanático?

—Fanático De pronto no es fácil dar una definición.

—Pues bien, abramos el Diccionario de la Academia Española. Dice así:

«FANÁTICO. El que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en materia de religión.»

—¿Está usted seguro de que el catolicismo defiende opiniones erradas?

—Debo confesar á usted que yo no he hecho estudios profundos en la materia; pero los católicos emplean la violencia y. . . .

—Sepa usted que no existe en este siglo un país no católico perseguido por los católicos, y si muchos países católicos oprimidos por los anticatólicos. Ahí tiene usted la Irlanda, tiranizada por los protestantes durante tres siglos, y que hasta poco há empezó á recobrar sus libertades, y la Polonia que agoniza en las garras de la Rusia. Los católicos han sido perseguidos, en este siglo de las luces y de la libertad, en Suiza, en Francia, en Italia, en España, en Alemania y en casi todas las repúblicas hispano-americanas.

Viniendo ahora á Colombia, no puede usted presentarme una sola persecución de los católicos á los no católicos; y usted ha sido testigo de todas las violencias que los católicos hemos sufrido.

Usted, que es tan enemigo del fanatismo, debe hacerse partidario de la única religión que en nuestro siglo *es perseguida en todas partes, y perseguidora, en ninguna.*

LVIII.

—Es necesario establecer la soberanía absoluta de la mujer.

—¿Cómo entiende usted esa soberanía?

—Es claro: las mujeres deben tener los mismos derechos que el hombre.

—Si se les concede los mismos derechos, justo es que se les imponga los mismos deberes.

—Por supuesto.

—¿Permitirá usted que su hija Margarita, que es joven y linda, vaya al cuartel á formar parte de la guardia nacional?

—¡Imposible!

—¿Permitirá usted que su esposa, cuando está en cinta, vaya con Margarita á tomar parte en unas elecciones borrascosas ó mandar un batallón si la nombran coronela cuando la Patria esté en peligro?

—¡Qué disparate!

—Entonces se opone usted á que su esposa y su hija ejerzan el más importante de sus derechos, y cumplan el más sagrado de sus deberes

LIX.

El hombre no es dueño de los miembros de su cuerpo; luego el cirujano no puede cortar una pierna gangrenada.

El hombre no es dueño de su vida; luego el

gobierno no le puede imponer la pena de muerte á un asesino.

LX.

El puchero tiene la ventaja de que, por su variedad, puede contentar los gustos más opuestos.

El eclecticismo moderno es un puchero intelectual, donde hasta los materialistas encuentran muy buenas tajadas.

LXI.

—A fin de que las penas se dulcifiquen más y más, estoy escribiendo un poema que se titula: «Angustias y dolores de los criminales.»

—¡Ojalá escribiera usted otro poema para pintar *las angustias y los dolores de sus víctimas!*

LXII.

—El clero español ha sido siempre ignorante y retrógrado.

—Sin embargo de que respeto mucho la opinión de usted, me atrevo á hacerle notar que la mayor parte de los literatos españoles han sido clérigos.

—¿Puede usted citarme algunos?

—Le citaré á usted los que recuerdo de pronto: Fray Luis de León, Rioja, Bartolomé de Argensola, Valbuena, Góngora, San Juan de la Cruz,

Malón de Chaide, Sigüenza, Hojeda, Jáuregui, Villaviciosa, Céspedes, Torres, Naharro, Tirso de Molina, Moreto, Guevara, Gracián, Fray Luis de Granada, Estella, Zárate, Márquez, Nieremberg, Ocampo, Morales, Mariana, Solís, Yepes, Lope de Vega, Pedro Calderón de la Barca, Lista, Gallego, Balmes. . . .

LXIII.

Hay dos métodos, que llamaremos A y B, para resolver un problema de aritmética; un millón de personas emplean el método A, y sacan un millón de resultados diferentes; otro millón de personas emplean el método B, y hallan todas el mismo resultado. ¿Cuál de los dos métodos será el verdadero?

Los católicos y los protestantes buscan la verdad religiosa por distinto medio; los protestantes tienen tantas doctrinas distintas como individuos hay en sus innumerables sectas; todos los católicos que han existido desde hace mil ochocientos años han tenido siempre la misma doctrina.

¿Cuál de las dos religiones será verdadera?

LXIV.

El señor Z. . . . se muestra enemigo del catolicismo y educa á su familia en la religión católica. Uno de sus hijos pudiera hacerle esta pre-

gunta: «¿El catolicismo es verdadero ó falso?» Si responde que es verdadero, el hijo replicará: «Entonces por qué no es usted católico?» Si responde que es falso, le dirá: «¿Por qué permite usted que nos enseñen el error?»

LXV.

Mil testigos tienen un vivo interés en negar un hecho, y sin embargo todos lo confiesan unánimemente. ¿Será verdadero ó falso?

Todos los hombres tienen un vivo interés en negar el infierno, porque es el dogma que les inspira más temor, porque es el más contrario á sus pasiones; y sin embargo éste es uno de los dogmas más universales. Lo confiesan los católicos, los griegos cismáticos, los protestantes, los mahometanos, los idólatras; en fin, es un dogma que pertenece á todas las religiones antiguas y modernas. ¿Será verdadero ó falso?

LXVI.

¿Son posibles los milagros?

«Esta cuestión tratada seriamente, sería impía si no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente sería hacerle mucho honor; bastaría encerrarle. ¿Quién ha negado jamás que puede Dios hacer milagros? Sería preciso ser hebreo para preguntar si podría Dios preparar mesas en el Desierto.»

—¿Que le parece á usted esta respuesta?

—Un poco intolerante.

—Pues no es mía, sino de Juan Jacobo Rousseau en sus *Cartas de la Montaña*, edición de 1793, t. XIII, pág. 104.

LXVII.

Un protestante español me dijo el otro día:

—Cómprame usted esta edición del Quijote; tiene la ventaja de tener numerosas notas.

—El Quijote es perfectamente claro y no necesita de notas.

—Todos los libros antiguos van haciéndose oscuros á medida que cambian el lenguaje y las costumbres; y en prueba de ello abramos la primera página del libro de Cervantes; y verá usted como en las diez primeras líneas hay otras tantas palabras desconocidas para el común de los lectores, y que por consiguiente necesitan notas:

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en *astillero*, *adarga* antigua, *rocin* flaco y *galgo* corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, *salpicón* las más noches, *duelos* y *quebrantos* los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían *sayo de velarte*, *calzas de velludo* para las fiestas con sus *pantuflos* de lo mismo; y los días de entre semana se honraba con su *vellori* de lo más fino.»

Ya ve usted que para un lector colombiano que sea iliterato, hay todas estas palabras que le son desconocidas: *astillero, adarga, rocin, galgo, salpicón, sayo de velarte, calzas de velludo, pantuflós, vellori*; y habrá tal vez lectores cultos que ignoren lo que es *duelos y quebrantos*.

—Me ha persuadido usted; pero me ocurre una observación. Si el Quijote, escrito en nuestra propia lengua y cuya antigüedad no alcanza á tres siglos, se ha hecho ya oscuro en muchos pasajes y necesita numerosas notas, ¿cómo es posible que ustedes los protestantes pretendan que la Biblia no las necesita, siendo un conjunto de libros, escritos hace miles de años por distintos autores, y traducidos de lenguas muertas, que nos son sumamente extrañas?

LXVIII.

FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE. ¡Conque el indio bravo que practica los deberes que conoce, se condena solamente porque no hubo quien le anunciara á Cristo! Esto me parece injusto, abominable!

—La Iglesia católica opina lo mismo que usted, sin renunciar por eso á su dogma fundamental. Abra usted el tomo II de los *Estudios filosóficos* de Augusto Nicolás en la página 328 y encontrará usted lo siguiente:

«¿Niega la Iglesia la salvación á los cismáticos, á los herejes, á los paganos, y áun á los ídólatras, que hallándose en una ignorancia in-

vencible de la ley evangélica, han practicado todo el bien que conocieron y mueren en estado de justicia natural? No».

«¿Hubo alguna vez sobre esta cuestión duda ó contrariedad entre sus teólogos? No».

Y si usted se toma la pena de leer el admirable capítulo en que Nicolás trata este asunto, se persuadirá de que el dogma: «Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse,» bien entendido, es perfectamente justo, profundamente filosófico. Allí verá usted cuáles son los medios que Dios ha puesto al alcance de todos, aun de los indios bravos, para entrar al seno de la Iglesia, *fuera de la cual no hay salvación.*

LXIX.

Los misioneros protestantes, dotados con muy buen sueldo, van con su linda esposa y su hermoso perro de Terranova á vivir en una cómoda casa, situada en la calle principal de una ciudad católica, para convertir á los salvajes que viven en ella.

Los misioneros católicos, sin sueldo, pobres, célibes, abandonan su familia y su patria para arrostrar el martirio en la China, en el Japón, entre las tribus salvajes del Africa, de la América, de la Oceanía.

LXX.

—No hay derecho de imponer la pena de muerte.

—¿Por qué razón?

—Porque Dios dice en la Biblia: *No matarás*.

—Cuando usted me cita la Biblia, será porque cree en su autoridad.

—Indudablemente.

—Pues bien, abrámosla. En el capítulo XX del Exodo, versículo 13, dice: *No matarás*. Vuelva usted la hoja y lea los versículos 12, 14, 16, 17 del capítulo siguiente. Qué dicen?

—Impone Dios en ellos la pena de muerte por diferentes delitos.

—Ya ve usted que al promulgar el quinto mandamiento no quiso Dios quitarle á la autoridad legítima el derecho de imponer la pena capital.

LXXI.

—Yo soy enemigo de santo Domingo porque fué el fundador de la Inquisición.

—¿Dónde ha estudiado usted ese hecho?

—En ninguna parte, pero. . .

—¿Quiere usted que consultemos á Cantú?

—Si.

—En el tomo IV de la *Historia Universal*, página 60, dice: «Inquisición: Al escribir este nombre, que excita en la imaginación el recuerdo de

una grande iniquidad, que se quiso presentar como padrón de ignominia para la Iglesia, apresurémonos á declarar que NINGUNA PARTE TUVO EN ELLA SANTO DOMINGO; que su ánimo fué fundar una orden no para imponer la fe, sino para asegurar su libertad; y pasemos á tratar este deplorable punto.»

Y ya que hablamos de Inquisición, oiga usted otro párrafo de Cantú:

«Este es el origen del tribunal de la Inquisición, el cual (á nadie cause esto maravilla) puede considerarse como adelanto, pues que reemplazaba á los estragos precedentes y á los tribunales que carecían de derecho de gracia y que se atenían estrictamente á la ley, como sucedió con los establecidos en virtud de los decretos imperiales. El que nos ocupa amonestaba dos veces antes de proceder; sólo reducía á prisión á los obstinados y á los reincidentes; y aceptaba el arrepentimiento, contentándose muchas veces con castigos morales, con lo que salvó á muchísimos que hubieran sido condenados por los tribunales seculares. Por eso los templarios, al tiempo de su famoso proceso, pedían con vivas instancias que se les sometiese á la Inquisición.» (Pág. 66.)

También es digno de notarse el siguiente pasaje de *El Protestantismo comparado con el Catholicismo*, por Balmes:

«Es cosa verdaderamente singular lo que se ha visto en la Inquisición de Roma, de que no

haya llegado jamás á la ejecución de una pena capital, á pesar de que durante este tiempo han ocupado la silla apostólica Papas rígidos, muy severos en lo tocante á la administración civil. En todos los puntos de Europa se encuentran levantados cadalsos por asuntos de religión, en todas partes se presencian escenas que angustian el alma; y Roma es una excepción de esa regla general, Roma que se nos ha querido pintar como un monstruo de intolerancia y de crueldad. Verdad es que los Papas no han predicado con los protestantes y los filósofos la tolerancia universal, pero los hechos están diciendo lo que va de unos á otros; los Papas con un tribunal de intolerancia no derraman una gota de sangre, y los protestantes y los filósofos la hicieron verter á torrentes. ¿Qué les importa á las víctimas el oír que sus verdugos proclaman la tolerancia? Esto es acibarar la pena con el sarcasmo.» (Tomo I, pág. 51.)

LXXII.

Entre los folletos que reparten en Bogotá los ministros protestantes para descatolizar al pueblo, hay uno que se titula *Cartas de Kirican al Obispo de Nueva York*. Daremos algunas muestras de su peregrina lógica.

«He aquí algunos suplicando á san Pedro, á san Pablo, á san Juan; iguales pinturas cuelgan en diez mil iglesias por todo el mundo, y en todas ellas hay personas que ruegan á los mismos.

¿Pueden estos buenos santos oír en un solo lugar ó en todas partes? Si pueden oír en todas partes, están en todas partes; si están en todas partes, son dioses: de este modo tenemos tantos dioses como santos. Pero si sólo oyen en un solo lugar, ¡entonces de los diez mil, nueve mil novecientos noventa y nueve ruegan á unos santos que no les oyen!»-(Cartas de Kirwan, pag. 18.)

Diez mil personas se calientan al sol entre otras tantas ciudades. ¿El sol calienta en un solo lugar ó en todas partes? Si el sol calienta en todas partes, está en todas partes; si está en todas partes es Dios. Pero si está en un solo lugar, ¡entonces de las diez mil personas, nueve mil novecientos noventa y nueve no se calientan!

El bueno del Señor Kirwan ignora que los católicos no les piden á las imágenes sino á los originales; y que éstos no están en un lugar de la tierra ni en todos, sino en el cielo, desde donde, en virtud del poder que Dios les concede, conocen las súplicas de los que solicitan su intercesión.

LXXIII.

El Cabildo de H*** dispuso que el mercado tuviese lugar los jueves; y un patán preguntaba con admiración: ¿En qué consiste que los jueves sí puedo hacer mercado y los lunes nó?

El señor Kirwan dice: Se me enseñó desde

mi juventud á abstenerme de toda carne en los viernes y sábados. Nunca se me dijo por qué en estos días, y en los demás nó Esto me hizo preguntar: ¿Esto es razonable? Si puedo comer carne en jueves, ¿por qué no en viernes? ¿Puede Dios, en cosas de esta especie, hacer que una cosa sea pecado una vez y no lo sea otra?»

El señor Kirwan no ha reparado que hay cosas, como la calumnia, que son intrínsecamente malas, y otras que lo son porque están prohibidas, y que dejan de serlo desde el momento en que cesa la prohibición. La Iglesia ha señalado ciertos días para que los fieles cumplan el precepto de la mortificación, y para que imiten á Cristo que ayunó cuarenta días en el Desierto. ¿Pudiera el señor Kirwan decirme por qué á los protestantes les es prohibido el trabajo del domingo y no el del lunes ó martes? Si puedo trabajar el lunes ¿por qué nó el domingo?

LXXIV.

Un indio bravo entró por casualidad á la Cámara de Representantes durante una sesión, y se preguntaba á si mismo: ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué están todos en sillas coloradas? ¿Por qué está uno allí arriba debajo de una casita? ¿Por qué toca campana? ¿Por qué hay uno que lee lo que yo no entiendo? ¿Por qué se alborotan los que están encaramados en aquellos balcones?

Oigamos al señor Kirwan:

«Algún librito ó tratado que no recuerdo, me movió á investigar alguna cosa tocante á la misa. Me pregunté: ¿Qué significa? No podía decirlo, aunque había asistido á ella regularmente por años. ¿Por qué se viste el sacerdote de este modo? ¿Qué libro está leyendo, llevado ya á su derecha ya á su izquierda? ¿Qué quieren decir aquellas velas en la claridad del día? ¿Por qué se reza en latín que no entiendo? ¿No debo saber lo que digo cuando me dirijo á mi Criador? ¿Por qué me arrodillo y me doy golpes de pecho cuando suena la campanilla? ¿Qué significa todo ello? La oscuridad del Egipto estaba con estas preguntas. Yo raciocinaba conmigo mismo de este modo: Dios es un sér espiritual é inteligente y requiere una adoración entendida, y yo IGNORO LO QUE LE DOY EN LA MISA.»—(Pág. 36.)

Es increíble que el señor Kirwan, que dice haber sido católico por largo tiempo, ignore lo que sabe cualquier niño cristiano medianamente instruído; que no sepa siquiera lo que se ofrece en el sacrificio de la misa, que es lo indispensable para asistir á ella. Con razón que abandonara el catolicismo.

Si se hubiera tomado el trabajo de leer uno de los innumerables devocionarios que sirven para oír misa, habría encontrado traducidas á su lengua las oraciones de ésta y explicadas sus ceremonias; y habría salido de la oscuridad del Egipto.

LXXV.

«La degradación de Irlanda, ya proverbial, la cargo yo al papismo. Si sus clérigos diesen la cuarta parte de lo que reciben para sacar almas del purgatorio al sostén de escuelas primarias para el pueblo, cada parroquia sostendría tres ó más de estas escuelas en aquel país ensangrentado, hambriento, aunque noble, y sus hijos tendrían oportunidad de elevarse á aquella posición á que su natural talento, elocuencia y genio los llama.»—(*Kirwan*, pág. 48.)

«Para dirigir las treinta y dos diócesis y ocupar los mil trescientos ochenta y cinco beneficios que había en tiempo de la Reforma, el Gobierno nombró Obispos y canónigos anglicanos; y como los católicos se negaron á someterse á su autoridad, quedaron en cada silla episcopal y en cada parroquia dos individuos ejerciendo el mismo empleo, el protestante con *pingüe renta*, numerosa familia, y *ningún feligrés*, y el católico pobre como toda la plebe que lo rodea y de cuyas limosnas vive. Fortuna grande es que se hayan podido conservar la religión y la nacionalidad de un país donde se hacía la guerra con tanta destreza, llevándola hasta los senos más recónditos de la conciencia y del hogar doméstico. Según los informes tomados en 1822, de los siete millones de habitantes que contaba entonces Irlanda, cinco

millones setecientos cincuenta mil eran católicos, doscientos cincuenta mil protestantes disidentes, quinientos mil presbiterianos y otros tantos anglicanos; al paso que de los diez y ocho mil acres de terreno, equivalentes á catorce millones de libras esterlinas; dos undécimas partes ó sea dos millones y medio estaban en poder del clero anticatólico, además de otras *setecientas mil libras que cobraba por diezmos*. La corona nombraba mil seiscientos ochenta y cuatro beneficiados, de los cuales quinientos por lo menos residían fuera del país. En suma, ochocientos mil ricos dominan allí sobre seis millones de pobres; pobres hasta tal punto, que tienen por persona acomodada al que puede comer tres veces al día patatas de la ínfima calidad. Así es que cuando se pierde la cosecha de estos tubérculos, se ven por espacio de tres ó cuatro meses expuestos á morir de hambre tres millones de individuos.» —(CANTÚ, *Historia Universal*, tom. VI, pág. 649.)

¿No le parece al señor Kirwan que si los ministros protestantes le devolvieran al pueblo irlandés la cuarta parte de lo que le han arrebatado durante tres siglos, habría para fundar cuatro escuelas en cada parroquia y para enriquecer á todos los mendigos irlandeses?

LXXVI.

Una célebre cortesana le escribía á una amiga suya: «Mi temor es que las monjas, con cuer-

po y alma, caigan de repente en el libertinaje y perviertan con su mal ejemplo á nuestras hijas.

El señor Kirwan dice en la página 50 de sus *Cartas*:

«Pero mi temor es que el mundo papista, con cuerpo y alma, no caiga de repente en la infidelidad, como sucedió en Francia, y entonces inunde con sus legiones á la Iglesia de Dios para anocharla.»

LXXVII.

Juan Paranada siempre que veía ú oía alguna cosa nueva, se hacía á sí mismo preguntas por este estilo: ¿Para qué estudian griego? ¿Para qué sirve la raíz cúbica? ¿Qué cosa es el telégrafo? Y como era incapaz de responderlas, sacaba por consecuencia que el griego, la aritmética y la física son patrañas ridículas.

El señor Kirwan se hace frecuentemente preguntas como las siguientes: «¿Por qué pasa el clérigo de la luz del día á un cuarto oscuro? ¿Por qué me habla en latín y no en inglés? ¿Cómo puede perdonar pecados? ¿Y si por fin mis pecados no quedasen perdonados? (Pág. 21.) ¿Es verdaderamente aquella oblea el cuerpo y la sangre de Cristo?»

Y como el señor Kirwan es incapaz de res-

ponder estas preguntas, porque ignora absolutamente el catolicismo, saca en consecuencia que la confesión y la eucaristía son patrañas. ¡Ojalá que en lugar de preguntarse á si mismo le preguntara á una persona instruida, ó se tomara la molestia de leer un catecismo de doctrina católica!

LXXVIII.

Don Pánfilo, el pedagogo, premia anualmente con una medalla de oro á los alumnos que se distinguen por su grande aplicación y que observan una conducta perfectamente irreprochable; y á los que son desaplicados y tienen un comportamiento pésimo, les concede la misma medalla.

Hay algunos *desprocupados* que creen en la inmortalidad del alma, y niegan el infierno y el purgatorio: es decir, afirman que no hay para los malos penas eternas ni penas temporales; que Nerón y san Juan de Dios han tenido la misma recompensa: en suma, se han forjado un Dios tan sabio y tan justo como don Pánfilo.

LXXIX.

A nadie se le ha ocurrido que pueda haber nación sin gobierno, ejército sin general, congreso sin presidente, navio sin capitán, hombre sin cabeza.

Muchos *filósofos* pretenden que la Iglesia católica, que cuenta en su seno doscientos millones de hombres esparcidos por todo el mundo, puede subsistir sin jefe que la gobierne.

LXXX.

—Yo no creo absolutamente en el principio de autoridad.

—¿Cree usted que el sol es mucho más grande que la tierra?

—Por supuesto.

—¿Ha hecho usted los cálculos que se necesitan para averiguarlo?

—No, porque no sé astronomía, pero todos los astrónomos convienen en ello y eso basta.

—Es decir que hay casos en que, sin saberlo, acepta usted el principio de autoridad.

LXXXI.

«¡Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesión entre los católicos!»

«La confesión puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos; es muy buena por obligar á los corazones más enconados á perdonar; para hacer devolver á los ladrones lo que hayan robado al prójimo.»

—Eso dicen ustedes los beatos.

—No, señor, esas dos frases no son mías; la primera es de Rousseau (*Emilio*, lib. iv, pág. 58)

y la segunda de Voltaire (*Diccionario filosófico*, art. «*Catecismo del Cura*»).

LXXXII.

Los jóvenes, antes de aceptar un sistema religioso y filosófico, deben hacerse estas dos preguntas: ¿Este sistema es el que quiero yo que profese mi futura esposa? ¿Es este el que debo enseñarles á mis hijos, sentados sobre mis rodillas, cuando la razón empiece á despertar en su mente?

¿Es éste el que puede consolarme en los grandes infortunios de la vida? ¿El que he de dejarles como herencia á mis nietos? ¿Es este sistema, por fin, el que he de confesar EN PRESENCIA DE LA MUERTE, EN PRESENCIA DE LA ETERNIDAD?

LXXXIII.

«Voltaire contestaba con dolor profundo á aquel oficioso amigo que se jactaba de haber encontrado al fin la prueba de la no existencia del infierno: *Sois en verdad muy feliz; yo estoy muy lejos de haberla hallado.*»—NICOLÁS, *Estudios filosóficos*, tom. II pág. 104.)

LXXXIV.

Cuando uno de mis hijos comete una falta, y la confiesa sinceramente, y conozco que está arrepentido de ella, se la perdono al momento;

pero si se obstina en callarla, ó si no da señales de arrepentimiento, entonces lo castigo inexorablemente.

Usted es enemigo de la confesión, y sin embargo ha establecido en su familia lo mismo que nuestro Señor Jesucristo estableció en su Iglesia.

LXXXV.

Es verdad que yo no voy nunca al cuartel, que no visto uniforme, que no conozco el manejo del fusil, que no les obedezco á los jefes, que les tengo horror á las batallas; pero soy tan buen soldado como el que más.

Es cierto que yo nunca me confieso, ni comulgo, ni oigo misa, ni soy partidario de la autoridad del Papa; pero soy tan católico como el que más.

LXXXVI.

—A mi me parece imposible que los santos puedan hacer milagros; porque sólo Dios es dueño de las leyes de la naturaleza.

—Lo mismo afirma el padre Mazo en la página 17 de su Catecismo. Oigalo usted: «Cuando se dice que los ángeles y los santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, ó atendiendo á sus súplicas, ó condescendiendo con sus deseos, ó sirviéndose de su ministerio para hacerlos, porque *sólo Dios puede hacerlos.*»

LXXXVII.

—Los hombres que arrostran la muerte por sostener sus convicciones me han inspirado siempre una profunda veneración.

—Y, sin embargo, ayer se burlaba usted de los diez y ocho millones de mártires cristianos que han muerto en atroces tormentos por sostener las suyas.

LXXXVIII.

El rico que le roba á un mendigo el único mendrugo de pan que ha recogido para alimentar á sus hijos hambrientos, es un ladrón infame.

El que le roba al pueblo la religión, que es su única esperanza, su único consuelo, la única esperanza, la única herencia que puede legarles á sus hijos, se llama un *filántropo despreocupado*.

LXXXIX.

Un labrador, que se prepara á trabajar en su campo, dice: Dios sabe si el trigo que voy á sembrar dará cosecha ó no: si ha previsto que no dará cosecha, es inútil sembrarlo; y si ha previsto que dará cosecha, la tendré aunque no lo siembre. En virtud de este raciocinio el labrador se entrega á la ociosidad.

Un muchacho trepado en la cima de una alta torre, dice: Dios sabe si he de morir en este mo-

mento ó no; si ha previsto que he de morir, nada pierdo en arrojarme desde esta torre; y si ha previsto que no he de morir, no moriré aunque me arroje. En virtud de este raciocinio el muchacho se arroja de cabeza.

Un necio dice: Dios sabe si me he de condenar, ó no; si ha previsto que me he de condenar, nada pierdo en entregarme al vicio, y si ha previsto que me he de salvar, me salvaré aunque me entregue á él. En virtud de este raciocinio el necio desenfrena todas sus pasiones.

XC.

Blas ve con un anteojo, á larga distancia, un niño que va á pasar un río sobre una frágil caña, y dice: «Ese niño va á ahogarse.» En efecto, cae en el río y se ahoga. La madre del niño reconviene á Blas porque tuvo parte en su desgracia, y él le responde: «Ver ó prever un suceso no es tomar parte en él.»

—Pero ¿por qué no lo impidió U?

—Porque no podia hacerlo estando á tanta distancia.

—Un insensato osó decir que Dios habia tenido parte en sus faltas porque las habia previsto; yo le respondi: «Ver ó prever un suceso no es tomar parte en él.»

—Pero, ¿por qué no me impidió Dios que pecara?

—Porque no podía hacerlo sin quitarle á U. la libertad que le ha dado á la especie humana, sin convertirlo en máquina.

XCI.

—Este medicamento que el doctor C^{...} le ha prescrito al hijo de U. no me gusta; ¿sabe U. por qué razón lo ha recetado?

—No puedo responder esa pregunta porque no sé nada de medicina, pero respeto mucho la ciencia del doctor C^{...} y tengo plena confianza en él; por eso he resuelto que mi hijo tome el medicamento.

—Hace poco que U. blasfemaba de la Providencia y le pedía cuenta de sus designios.

¿No pudiera U. tener en la SABIDURÍA INFINITA de Dios tanta confianza siquiera como tiene en la ciencia del doctor C^{...}?

XCII.

El señor doctor Rojas, profesor de la doctrina de Epicuro, dice:

«Y hay una cosa notable en esta materia, cosa que llama la atención, y es que todos saben en qué consiste el *mal* y la desgracia y lo que significan estas palabras, menos los filósofos, los pichones de filósofos.»

Ahora voy á tomarme la libertad de recordar los nombres de algunos de los innumerables *pichones* que han profesado una doctrina contraria

al utilitarismo: Sócrates, Platón, Cicerón, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Pascal, Bossuet, Balmes. . . .

En Colombia también ha habido muchos *pi-chones* tales como el doctor Margallo, y los señores Joaquín Mosquera y José Eusebio Caro, que han combatido enérgica y victoriosamente esa absurda doctrina con que se envenena á nuestra juventud hace medio siglo.

XCIII.

—Deseo presentar en la casa de U. á uno de mis conocidos.

—Tendría mucho gusto en recibirlo, si es hombre honrado.

—En cuanto á eso, debo confesar á U. que es hombre que se burla de la *conciencia*, del *deber*, de la *virtud*; que sería capaz de asesinar á un amigo, á un bienhechor, de violar sus promesas, de robar

—Usted se chancea ó se ha propuesto insultarme.

—Ni uno ni otro; lo que intento es hacerle notar á U. que el sujeto en cuestión hace tiempo que ha sido recibido en la casa de U.

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—Se llama Jeremías Bentham.

—Ya veo que lo que U. me dice es una broma.

—No, señor, abra U. las obras de Bentham en que está estudiando el hijo de U., y hallará las siguientes doctrinas:

«La conciencia es una cosa facticia, cuyo asiento suponen en el alma.»—*Deontología*, tom I, pag. 164.)

«El talismán que emplea la arrogancia es la palabra *deber*. Es necesario desterrar esta palabra del vocabulario de la moral.»—(*Deontología*, tom. I pág 41.)

«La *virtud* es un ente de razón, una entidad ficticia, nacida de la imperfección del lenguaje.»—(*Deontología*, tom. I, pág. 168.)

«Si esto es así, dirán muchos, como cada individuo es juez de su propia utilidad, si para ser feliz pensara un hombre que su amigo y bienhechor le era un estorbo, podría asesinarlo, podría violar sus promesas, podría robar..... Si, responde el comentador, podría hacer todo lo que creyera deberle conducir á la felicidad, á excepción solamente de lo que se hallara prohibido y castigado por las leyes positivas. Horrible doctrina, exclamará alguno, lleno de indignación. Horrible cuanto se quiera, diré yo fría y tranquilamente; pero cuando se está seguro de la verdad del principio, no se puede dejar de convenir en las *consecuencias necesarias* de él, si se procede de buena fe.»—(*Trat. de Legist.*, tom. I, pág. 106.)

XCIV.

El Estado no tiene rentas, no las puede tener, no las debe tener. El Estado no come, no bebe, no se viste. Y si no, yo quisiera que el lector tuviera

se la bondad de decirme: ¿qué sastre le hace los calzones al Estado que se llama Francia?

El Estado no tiene idioma propio, no lo puede tener, no lo debe tener. El Estado no habla, no escribe, no canta. Y si no, yo quisiera que el lector tuviese la bondad de decirme: ¿hay alguna carta escrita por el Estado que se llama Inglaterra?

El señor Castelar dijo, con grandes aplausos, en las cortes constituyentes:

«El Estado no tiene religión, no la puede tener, no la debe tener. El Estado no se confiesa, el Estado no comulga, el Estado no se muere. Y si no, yo quisiera que el señor Manterola tuviera la bondad de decirme: ¿en qué sitio del valle de Josafat va á estar el día del juicio el alma del Estado que se llama España?»—(*Correo de Ultramar.*)

XCIV.

Juan quiere cortar el árbol que está cerca de su cabaña, pero conservando la sombra que produce.

Algunos filósofos modernos se empeñan en destruir los dogmas del Cristianismo, conservando su moral.

Para complacerlos sería preciso enseñar así á los niños: «Hijos míos, Dios no existe, pero es necesario adorarlo; Jesucristo fué un impostor, pero es preciso obedecerle é imitarle: renunciad por amor de vuestro prójimo á las riquezas, á los honores, y no recibiréis ninguna recompensa.»

XCVI.

Don Cosme, el erudito, no ha tenido tiempo de estudiar cosmografía, pero sabe de memoria el siguiente retazo que aprendió en un viejo pergamino que trata de astrología: «Los que nacen debajo del dominio de la Luna son blancos, tirantes algo á rubio, el rostro redondo, algo pálido y hermoso, los ojos medianos, no del todo negros ni con mucha vista; las entrecejas juntas de pelos, con algunas pecas ó pintas en el rostro.»

Y lo gracioso es que el señor don Cosme cita muy formalmente este pasaje siempre que se entabla una discusión astronómica.

Don Euclides, el despreocupado, no ha tenido tiempo de estudiar la historia eclesiástica; pero ha aprendido muy bien los *hechos siguientes*, que le enseñaron en un corrillo de estudiantes, «Hubo una papisa que se llamaba Juana; un concilio declaró que las mujeres no tienen alma.»

Y lo gracioso es que el señor Euclides, para lucir su erudición histórica, cita formalmente estos hechos siempre que se entabla una discusión teológica.

XCVII.

A los ministros protestantes se les puede hacer esta pregunta: ¿La Biblia es clara ú oscura? Si responden que es clara: ¿por qué la explican sin cesar en sus sermones y en sus libros?

Si responden que es oscura: ¿por qué le borran las notas, que son explicaciones puestas por genios tan eminentes como san Jerónimo, san Agustín, san Anselmo, santo Tomás?

XCVIII.

El señor doctor Ezequiel Rojas, en una carta en que defiende el utilitarismo, dirigida á varias Academias de Europa, y publicada en la *Revista de Colombia*, dice al hablar de los derechos y de su fuente:

«Derecho es lo que es *recto*. *Recto* es lo que conduce á un punto dado por el camino más corto.

«Los actos buenos son los que conducen á los hombres á su felicidad por el camino más corto y seguro: los actos buenos son, pues, los rectos: los rectos son los derechos; luego los actos buenos son los *derechos*.»—(Año II, entrega 7.^a)

Derecho es lo que es *recto*. *Recto* es lo que conduce á un punto dado por el camino más corto.

Los crímenes son los que conducen á los hombres al infierno por el camino más corto y seguro: los crímenes son, pues, los rectos: los rectos son los derechos; luego los *crímenes* son los *derechos*.

XCIX.

El señor doctor Rojas ha escrito en su filosofía moral esta terrible blasfemia:

«La moral de Jesucristo tiene por objeto dirigir la conducta de los hombres de manera que los que la practiquen fielmente, consigan la salvación de sus almas: cuando las almas se salvan se evitan las penas eternas y se proporcionan los goces eternos: luego el objeto de la moral de Jesucristo es evitar las penas y proporcionar goces á los hombres: LUEGO ESTA MORAL ES SENSUALISTA.»—(*Revista de Colombia*, año II, entrega 5.ª)

Si el dolor es el mal, el más malo de los seres será el que cause un dolor más grande; por consiguiente Dios, que condena á los malos á penas *eternas*, será un ser infinitamente malo.

Según el Doctor Rojas, la moral de nuestro Señor Jesucristo y la de Epicuro son idénticas: pero como Epicuro vino primero al mundo, á él debe atribuírsele todo el mérito de la invención.

C.

Los utilitaristas dicen que su sistema es sumamente claro y sencillo, que tiene una exactitud matemática, que está al alcance de las perso-

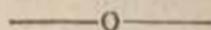
nas más rudas é ignorantes; y, sin embargo, afirman que los que lo han refutado no lo entienden.

Es decir que el utilitarismo tan claro, tan sencillo, tan exacto, no lo entendieron hombres como Cicerón y Balmes; no lo han entendido entre nosotros el Doctor Margallo, ni los señores José Eusebio Caro, Joaquin Mosquera, M. M. Mallarino, Ricardo de la Parra, ni ninguno de los innumerables escritores que lo han refutado durante veinte siglos.

FIN.



GRANDES VERDADES.



Sí es muy cierto que no somos unas bestias.

No hace mucho tiempo que un buen hombre, rico colono de un departamento inmediato á Paris, se habia dejado alucinar por cierto francmasón, lector acérrimo de los periódicos más revolucionarios, y entusiasta partidario del socialismo. El sencillo labrador, al regresar una tarde de sus labores del campo, se puso á reflexionar..... como pudiera hacerlo un indigena de Berbería.

Apoyó la cabeza en ambas manos, á fin de concentrar mejor sus ideas, y ya en aquella posición, meditando y razonando á su modo, empezó por preguntarse si existía una diferencia esencial, una verdadera diferencia entre él y su perro, su gato, su asno y su buey..... «Verdad es que mi perro tiene cuatro patas, dijo para sí, y yo no tengo más que dos piés. El tiene una cadeza, y yo también; él come, y yo también; duerme, tiene calor y frío, oye, ve, respira, y yo hago lo propio. Él es muy inteligente..... y yo no soy tan meneguado que digamos. Vive, está enfermo, y un día se morirá; y como él yo vivo, y también llegará mi hora postrera... No veo, pues, absolutamente ninguna diferencia entre uno y otro.»

En este punto se hallaba de sus reflexiones, cuando acertó á entrar un vecino suyo, médico muy hábil en su arte (aunque médico de aldea), y

lo que vale más aún, hombre honrado y sumamente instruído.

Después de los saludos de costumbre, le dijo el médico:

—¿Qué tenéis, vecino? me parece que os veo algo mohino.

—Es que estaba reflexionando, contestóle el buen hombre, y me parece que apenas hay diferencia entre nosotros y las bestias.

Y luego trató de explayar como mejor supo y pudo semejantes ideas.

El médico, mordiéndose los labios para poder reprimir la risa que le provocaban sus palabras, le dejó despacharse á su gusto, y cuando hubo terminado, le dijo muy seriamente:

—¡Pues bien! yo os digo que sois un bestia, un bruto, un solemne animal.

Al oír estas palabras, levantóse el labrador, frunció las cejas, cerró los puños, y con voz colérica exclamó:

—¿Qué es lo que estáis diciendo? vos me insultáis.

—Nó, por cierto, contestóle tranquilamente el otro; yo no hago más que repetir lo que vos decís; digo que sois lo que vos creéis ser.

Y luego, hablando formalmente con el pobre imbécil, le demostró lo que valían sus razonamientos, y adónde conducen las malas doctrinas.

Aquel labrador tenía sobra de razón de enojarse al oír que le llamaban bestia, bruto y animal; y cualquiera, por más amigo que fuera, que así nos calificara, no podría menos de excitar nuestra indignación con muy justo motivo, y ¿por qué? Porque confundir el hombre con una bestia es inferirle un grave insulto; es arrebatárle su honor, que es la primera de sus cualidades.

Ni aun entre los impíos y ateos se extingue este buen sentido, que es el sentido común, el cual nos demuestra y patentiza que el hombre no es una bestia, sino que es superior al animal por las dotes de su razón y de su conciencia, y sobre todo por su alma.

El bruto no posee, como nosotros, un alma racional é inmortal; si obra es por *instinto*, sin poderse perfeccionar jamás, sin ser capaz nunca de bien ni de mal; al paso que el hombre dotado de un alma inmortal, razonable, libre, capaz de reflexionar y discernir, es apto para merecer obrando bien, y de desmerecer abrazando el mal.

Lo que piensa en nosotros es nuestra alma, y también es ella lo que en nosotros reflexiona y raciocina: la generosidad, el sacrificio, el amor, la bondad, la mansedumbre, la caridad, en fin, son manifestaciones de nuestra alma; así como en los malvados su alma es la autora del mal que hacen, la que engaña al prójimo, la que combina y medita las malas acciones, el cuerpo no es más que el *instrumento* del alma, ya sea para el bien, ya para el mal; el alma es en el cuerpo lo que un artífice en medio de sus útiles; es el obrero que trabaja; pero sólo trabaja por medio de sus herramientas.

El hombre es, pues, un compuesto de alma y cuerpo; la bestia por el contrario, sólo posee un cuerpo con instintos que Dios le ha dado para la conservación y bienestar de aquel cuerpo; y estos instintos son fuerzas ciegas, impulsos irresistibles que sigue y obedece sin saber por qué. No tiene, como nosotros, un alma racional y libre, capaz de conocer la verdad, de amar y apetecer el bien; y en esto consiste la gran diferen-

cia que va entre el hombre y la bestia, pues así como el primero es una *persona*, la segunda no es más que una *cosa*.

Todos los pueblos antiguos y modernos, todos los grandes hombres, hasta los paganos é idólatras, están acordes en este punto.

¿Sabes qué clase de gentes dudan de su alma? Son las que viven como brutos. Recientemente fué presentado á un buen religioso de París un aprendiz de quince ó diez seis y años, cuya perversa conducta tenía muy afligidos á sus padres. El religioso le habló con dulzura y firmeza, tratando de reconciliarle consigo mismo y hacerle entrar en la senda del arrepentimiento; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Por toda contestación aquel desgraciado le dijo con sorda voz: «¡Yo quisiera ser un perro, para hacer el mal sin remordimientos! . . .» Estas son las gentes que dudan de su alma, y que acaban algunas veces por persuadirse de que carecen de ella.

Es, pues, muy cierto, absolutamente cierto, que no somos unas bestias; y tú en particular, amado lector, por el solo motivo que comprendes lo que digo y que juzgas que tengo razón, demuestras que, lejos de ser una bestia, eres un hombre que discurre, y que tu alma, y sólo tu alma, es la que goza de esta facultad de que carece el bruto.

MONSEÑOR SEGUR.

